

## LA COMPLEJIDAD COMO ESTRATEGIA DE FUTURO<sup>1</sup>

Cuando desde *la diaria* nos invitaron a reflexionar sobre el futuro y su vinculación con la complejidad, de manera casi inmediata surgió la palabra “estrategia” como concepto articulador. En efecto, darle sentido a la complejidad en perspectiva de futuro exige concebirla como una estrategia –versátil, integral, provocadora, utópica. A su vez, pensar los futuros posibles desde la perspectiva de la complejidad reclama un pensamiento estratégico –de mirada larga, senderos por inventar, espíritu ecológico.

“Prepararse para lo imprevisto”, sugiere el pensador Edgar Morin. La aparente paradoja de esa recomendación encierra una profunda sabiduría que no se alarma por la incertidumbre y el riesgo, sino que los utiliza a favor de la construcción –siempre abierta– de futuro deseado. Esa construcción, en realidad, es apuesta que no da garantías, pero juega las piezas con la convicción de quien sueña que la utopía es posible, aunque quizás no sea probable.

Es en este universo de nociones que nos movemos y actuamos: incertidumbre, riesgo, apuesta, esperanza y utopía... en fin, sueños de futuros que quisiéramos ver realizados, y que quizás jamás lo sean si no hacemos algo, aunque ese algo sea pequeño y ese futuro sea improbable.

Sin embargo, este paisaje, que es tan vital y estimulante, hoy parece representar algo apocalíptico. Por distintos lados vemos asociada la idea de “complejidad” a la de caos, impredecibilidad y amenaza. Tal parece que vaticinar el futuro fuera el ideal y que, si no lo hacemos, es a pesar nuestro y en razón de poderosas circunstancias que lo estarían impidiendo. En los medios escuchamos fórmulas tales como “estamos en una época bisagra del mundo, en la que ya no es posible vaticinar el futuro”, dichas con una naturalidad que nos deja (debemos confesarlo) un tanto perplejos. Tácitamente queda establecido que vaticinar (esto es: adivinar, profetizar) no sólo es posible en condiciones regulares sino que, además, es lo que hay que hacer, y si es que no lo hacemos, es en razón de que el mundo es *tan complejo*, la época *tan bisagra* y el futuro *tan caótico*.

---

<sup>1</sup> Publicado en “la diaria”, Edición Especial del “Día del Futuro”, 2016.

Bueno, pues, nada de eso comulga con nuestras ideas sobre la complejidad y el futuro: ni la complejidad significa amenaza ni el futuro representa el caos. El enfoque de la versión apocalíptica intenta –con indudable coherencia– prevenir, asegurar, controlar, medir y calcular todos los riesgos. Y así se va la vida. En esas condiciones, la creación (lo nuevo, lo desconocido, el desvío, lo imprevisto) tiene poco espacio para surgir y desplegarse. En esta época tan anhelante de seguridades, la vía subjetiva se juega de manera frágil y, frente a la vital incertidumbre, entra en pánico y se esconde.

Dicho esto, también hay que aclarar que, si bien el futuro es incertidumbre, la incertidumbre no es ceguera. Podemos augurar escenarios posibles (y quizás probables) con la conciencia de los límites, las armas del conocimiento y la inteligencia de la estrategia. El pensamiento ecológico –que contextualiza y anticipa– sabe que ninguna acción está segura de cumplir, en el filo del destino, con su intención original. Por eso la denominada “ecología de la acción” llama a responsabilidad y se abre a la ética del futuro en el hacer de hoy, tanto como a la ética de lo colectivo en el hacer individual. Sabe que no puede anular la incertidumbre, sabe que no puede prever las mil resonancias de una acción... y sabe que debe apoyarse en su conocimiento provisorio para jugar la estrategia



de apostar a lo desconocido. Morin pinta el paisaje de esa apuesta: *la navegación, en un océano de incertidumbres, a través de archipiélagos de certezas.*

El pensar desde la complejidad, valorando su tejido de tantas hebras y colores, nos previene de reducir nuestra concepción de futuro. Nos alerta de los riesgos de la acción, pero nos invita a la acción. Nos propone aceptar la incertidumbre, amando la promesa y afrontando sus peligros. Nos ayuda a construir la dialógica entre el delirio de la utopía y la

racionalidad del mapa, entre la estructura del programa y la dinámica de la estrategia. Nos convoca a conjugar los tiempos del futuro, asociando –sin confundir– y distinguiendo –sin divorciar– nuestra memoria de ayer con la decisión de hoy y la proyección de mañana, en un precipitado siempre definido en presente.

El pensar el futuro desde la complejidad es una estrategia, una estrategia de futuro, conservadora y cambiante, intelectualmente planificada y, con certeza, apasionante.